

2º  
encuentro virtual  
de escritura  
colectiva



Con la colaboración especial de  
Carlos Bassas



Ayuntamiento de  
TORREJÓN DE ARDOZ  
Concejalía de Cultura

torrejón cultural



2º

encuentro virtual de

**escritura  
colectiva**



Es todo un honor poder presentar desde estas líneas “El Reloj”, un relato con tintes de novela negra que nace del segundo encuentro de escritura colectiva “Una Historia en Negro”, una iniciativa de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz para el Mes de Las Letras que se complementaba con una conferencia virtual a cargo del gran escritor y profesor Carlos Bassas, en las que pudimos conocer las claves de la novela negra.

La construcción de este texto se basa en una estructura tradicional de novela sustentada en tres partes diferenciadas: planteamiento, nudo y desenlace; partes en las que distribuimos a los autores participantes para que desarrollaran su creatividad ajustándose al momento del relato en el que recibían el texto.

Todo este proceso creativo colectivo finaliza ahora con la publicación de esta narración titulada “El Reloj” que tenéis ahora entre las manos en formato fanzine, un formato que desde la Concejalía queremos recuperar para este tipo de proyectos.

Agradecemos a todos los autores, al personal de la Concejalía de Cultura, que habéis ayudado a crear esta fantástico relato, y en especial al prestigioso escritor Carlos Bassas, cuya colaboración ha sido fundamental para crear un férreo andamiaje en el que se afianza esta iniciativa y del que hemos aprendido mucho.

Esperamos que disfrutéis del relato, y que éste sea el preludio de muchas otras historias que nos quedan por crear entre todos.

Atentamente.

**Ignacio Vázquez Casavilla**  
Alcalde de Torrejón de Ardoz

**José Antonio Moreno de Torres**  
Concejal de Cultura



## **Participantes relato encadenado**

Mercedes Cantero Vidal

Gemma Cañas del Olmo

Sofía Lanchó Drozdowskyj

Diego Durán Franco

Diana Fayos Paredero

Rosario Fuentes Honrubia

Sergio García Esteban

Carmen García González

Sonia López Leal

Javier Millán Navarro

Javier Molina Palomino

Ramona Palomares Andújar

Sergio Pardo Delgado

Esther Peral Nuño

Pilar Pozo Barberá

Rafael Ramírez Borobio

Eloy Lospitao Rioja

Jesús María Salvador (pseudónimo)

Ayla Sellenne (pseudónimo)

Sonia Vargas Arias

Lou W. Morrison

**Organiza**

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz.

**Director del proyecto y diseño de portada**

Mario García Molina

**Coordinación**

María del Mar Blanco Ramos, Ana Garzón Portela, Juan Carlos González Sanz y Rafael Alcaraz Jiménez.

**Administración**

Ángela Gil Martín, David Ortega Trujillo.

**Edita**

Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz

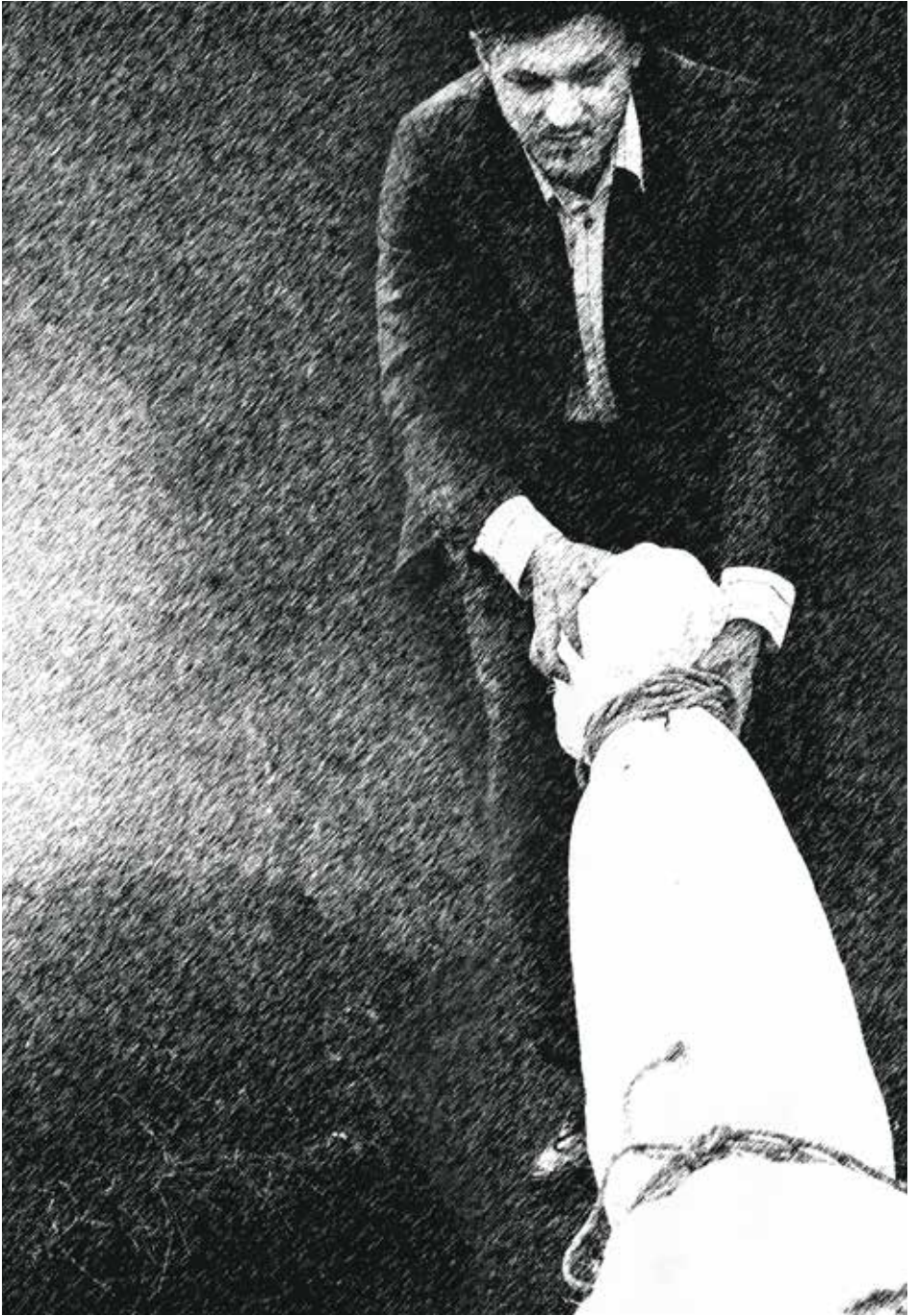
**Maquetación**

Fernando Gil

# El reloj

El cuerpo yace junto a la acequia.

El curso de agua se encorva justo a sus pies, como si, consciente de la gravedad del momento, quisiera evitarlo. Nadie que conozca la muerte dirá que parece dormir. No se asemejan en nada, la muerte y el sueño. Quien lo ha depositado allí quiere que lo encuentren. No desea esconder su acto. Tampoco divulgarlo. Sabe que, en cuanto el dueño de las tierras, un excursionista, alguien que haya sacado a airear al perro dé con el cadáver, dará aviso a la policía. Y todo se pondrá en marcha. Aunque, en realidad, lo hizo anoche, cuando escogió a la víctima; cuando le aprisionó el cuello entre su bíceps y su antebrazo hasta que dejó de luchar; cuando, una vez muerto, lo metió en el coche y condujo hasta aquí.



Aunque quizás todo comenzó mucho antes.

Ahora se aleja del lugar, untando sus pasos sobre el asfalto desgastado. El interior del codo aún le duele. Lo flexiona y recuerda. ¿Qué era lo que había estado apretando con tanta fuerza? Había notado la piel cálida en su brazo, pero lo que en realidad había visto en su mente era su propio espíritu, viscoso y reticente, afinándose hasta quedar reducido a un hilo que ahora se agita, estirándose, y solo quiere seguir agitándolo, hasta que esté a punto de romperse, hasta que pueda ver...

*¿El qué, Mariano?*

Le sudan las manos y casi puede sentir las pupilas creciéndole sobre una sonrisa torcida.

Da igual. Ya lo verá.

Los coches empiezan a ronronear. Se los cruzará de frente, como cada mañana. Todos pensarán que viene de la gasolinera, que sus ojeras son huellas de cansancio; que su sonrisa es simple cortesía.

Tenía ganas de matar. Siempre las ha tenido, ya desde pequeño.

Alejándose del lugar donde ha ocultado el cadáver, recuerda cómo, ya entonces, sentía un inmenso placer aplastando hormigas, quitándole la cabeza a cualquier insecto, matando los pajarillos que se caían de las ramas. Una vez, incluso, llegó a aplastar la cabeza de un

gatito con una piedra. Conforme fue creciendo, las películas que más le gustaban eran aquellas de crímenes casi perfectos, y, en su adolescencia, no dejó de fantasear con asesinar a alguien. El sexo de la víctima le daba igual, lo que quería era sentir a lo grande aquello que había devorado su interior desde el principio. Desde su mismo nacimiento.

Mientras conduce, no puede evitar sentir el subidón de adrenalina fluyendo descontrolado por sus venas. Recordar la última exhalación, la que da paso a la flacidez total de los miembros de su víctima. Y recuerda la primera vez, aquella euforia que nunca antes había sentido. En aquel momento, su concentración fue máxima; sabía que tenía que mantener la presión un poco más, porque la víctima solo había perdido la consciencia pasados los cinco primeros minutos. Si quería causarle la muerte, necesitaba continuar un poco más. Hasta hacer que el cuerpo alcanzara aquel estado definitivo de entrega.

Las gotas de lluvia que han comenzado a golpear el parabrisas le sacan de su ensañación. No recuerda haber llegado hasta aquí, pero está aparcado frente a su casa.

El olor a mojado se cuele en el habitáculo a través de la pequeña apertura que ha dejado al bajar la ventanilla nada más entrar en el coche, sudoroso por el esfuerzo al

cargar con el cuerpo. Quizá sea absurdo pensar en los momentos previos en los que su instinto animal le había llevado a elegir una camisa blanca para ponerse ese día. En el fondo, buscaba el regocijo del lienzo inmaculado cubierto de sangre, como si sintiera la necesidad de ser menos imperfecto que cualquier humano.

Levanta la vista y decide salir del coche, pero ese maldito perro y su dueño se han parado justo frente a su casa. De nuevo, las ansias de apretar y sentir cómo sus dedos se entrelazan hasta dejar sin vida un cuerpo vibrante.

El murmullo de la mañana comienza a hacerse evidente. Lo único que desea es entrar, tumbarse en la cama y traer de nuevo a su mente todo lo acontecido.

*¡Ahora! Es el momento.*

En cuanto perro y dueño se marchan, entra con su sonrisa de no haber roto nunca un plato, se mete sigiloso en el cuarto de baño, cierra la puerta y se mira al espejo sin compadecerse de lo que ve: el mismo rostro, el mismo gesto de pretender seguir con aquello que le hace tan feliz. Suspira, se lava la cara y las manos para quitarse el olor a muerte y se desnuda. No le apetece ducharse, hoy no, solo dormir y descansar. Mañana será otro día.

Apaga la luz y se dirige a la cama destartalada donde reposa Alicia, su fiel y amada esposa.

Se tumba y se agarra a ella tiernamente. Ella siente su presencia.

—¿Has tenido mucho trabajo?

Marcelino le acaricia el cabello y, por un segundo, se ve aferrándolo y tirando de él hacía atrás para incrustar su miembro entre sus nalgas mientras se deleita estrangulándola, pero espanta esos pensamientos y responde:

—Todo bien. Duérmete, cariño.

Mientras el sueño le vence, empieza a no estar seguro de si ha escondido el cadáver o lo ha dejado bien a la vista; de si ha llegado hasta allí andando o en el coche. Ni siquiera está seguro del todo de haber matado a alguien. ¿Hombre o mujer? ¿Niño, adulto o anciano?

El viaje de las agujas del despertador le taladra la cabeza mientras escucha pasar los segundos, los minutos y las horas de la madrugada sin poder dormir.

Amanece.

El rojo del cielo se refleja en sus ojos; o tal vez sea el de sus ojos el que se proyecta sobre el cristal de la ventana.

Marcelino duda. Había pensado una y mil veces cómo escondería el cuerpo, cómo borraría sus huellas al deshacer el camino, pero no recuerda nada. Y, de repente, siente impulsos de volver, aunque sabe que hacerlo es

arriesgarse demasiado. La última vez que lo hizo se dio de bruces con aquel sucio detective.

Marcelino le odia. Sabe que nunca se deshará de él, que sus caminos están unidos. A veces, en sus ensoñaciones, siente cómo le parte el cuello y una sonrisa torcida se refleja en su cara.

*¡Marcelino! ¡Mírame!*

Ni en sus mejores sueños conseguiría cumplir ninguno de sus deseos, ese menos aún, piensa. ¿A quién intenta engañar?

No se puede huir del miedo, de la frustración.

Su mujer le mira fijamente, sabedora de su secreto. Eso cree él. Ve el desprecio en sus ojos. Una mueca grotesca le cruza entonces la cara como un navajazo, pero por mucho que lo desee, sabe que jamás será capaz de matarla.

Se incorpora, cansado, se rasca la nuca, luego se frota los riñones y el calor de sus manos no hace más que provocar su ira. Camina hacia la ventana. Su estómago hinchado se apoya en el cristal y el frío le encoge el ombligo. La angustia que le produce el contacto le remueve de nuevo por dentro. Sigue perdido, más y más a cada instante.

*¡Marcelino! ¡Mírame!*

La voz otra vez.

Esa voz estridente repitiendo su nombre.

Ese maldito imperativo punzante retumbando en su cabeza.

*¡Marcelino! ¡Mírame!*

Se ha rebelado desde niño contra ella, deseando ser capaz de desaparecer, e, instintivamente, su cuerpo de adulto sigue reaccionando del mismo modo. Se le acelera el pulso y se le hiela la sangre cada vez que la escucha. Esa voz que nadie más oye.

Sudoroso, aún con los ojos cerrados frente a la ventana, se lleva las manos a los oídos para tratar de silenciarla. Hasta que Alicia le abraza por la espalda para darle los buenos días y su aroma y respiración tranquila le devuelven la paz.

Marcelino responde al contacto situando su mano derecha sobre la de ella, y entonces descubre un arañazo que le traslada a la noche anterior.

El miedo se apodera de él.

—Maldito gato.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? —pregunta Alicia fijando su mirada en la herida.

—Nada, que mientras tiraba los restos de la cena al contenedor salió un gato de la oscuridad y me arañó. ¿Recuerdas el minino que tenía doña Concha, la vecina del segundo? Era igual de feo, el cabrón.

—Tendrás que ir a que te vean la herida, no sea que se te infecte.

En ese momento, la mente de Marcelino abandona la habitación. Sus ojos se inyectan en sangre al personalizar en ese maldito gato el cuerpo que ha dejado tirado en la acequia.

—Me haces daño.

Alicia aparta la mano de Marcelino, que le oprime cada vez más.

—Perdona —dice él besándola con fuerza en la boca—. Hoy te voy a preparar un desayuno especial. Me siento lleno de vida.

Algunos homicidas cometen crímenes ocasionales por celos o por venganza, y hasta se dice —si tal contradicción es posible— que por amor. Y luego están los asesinos genéticos, aquellos en los que la evolución ha querido que no posean ni una sola neurona espejo que les haga empatizar con el sufrimiento de los demás. A diferencia de los primeros, no tienen remordimientos, no por falta de conciencia, sino por la ausencia total del más mínimo sentido de la dignidad humana.

Si Marcelino hubiera pertenecido al grupo de los homicidas ocasionales, en este preciso instante derramaría el café que está preparando. Por el contrario, él es de los que puede degollar o estrangular a una persona sin establecer ninguna prelación en el orden de sentimientos opuestos o contradictorios, ya sean de culpa o de satisfacción, como es el caso.

—¿Qué tenemos, López?

—Inspector Alarcón —responde López saludando a su superior—. Varón, 29 años, conserva todas sus pertenencias, sin signos de violación o abuso sexual, solo restos y marcas en sus extremidades superiores causadas al tratar de defenderse. A la espera de lo que dictamine el forense...

—¿El forense? Pura formalidad —replica Alarcón—. El cabronazo ni se ha preocupado en esconder el cuerpo. A pesar de la lluvia caída anoche, hay que agradecer que, en lugar de introducir el cadáver en la acequia, lo dejara al lado; quizás obtengamos algo que nos ayude. ¿Te has fijado en el cardenal alrededor del cuello? El asesino no es un principiante, pero el desorden en la escena nos dice que es desorganizado, sin un *modus operandi* concreto. Actúa impulsivamente según sus ansias de matar, lo cual complica la investigación —y tras un breve silencio, añade—. No hay ninguna duda: es él.

Como un mago del horror, Marcelino se dispone a comenzar el nuevo día como si no hubiera pasado nada. Desayuna junto a Alicia, saboreando con ansia cada pedazo de tostada untada en huevo, el bacon crujiente y el café solo. Al acabar, irá a la oficina; después de todo, ¿qué cambia un nuevo cadáver? Carga ya con varios a sus espaldas y ningún remordimiento ha invadido jamás su ser.

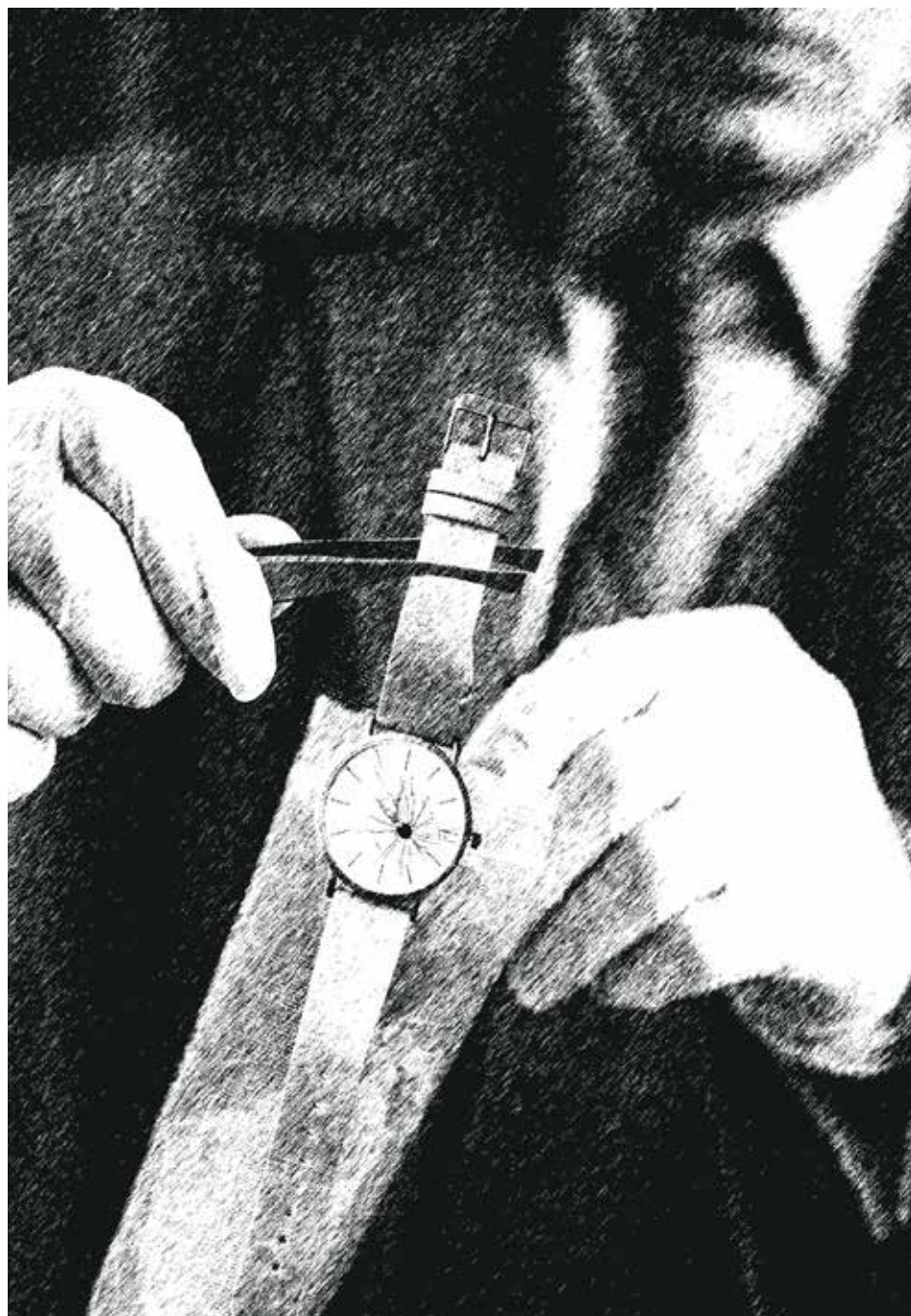
Marcelino voltea el antebrazo para mirar la hora en el reloj de su muñeca. No quiere llegar tarde.

Un repentino escalofrío recorre su cuerpo al verla desnuda.

*¡Eres un inútil, Marcelino!*

Cabe la posibilidad de haberlo perdido allí, junto a la víctima, y entonces comprende que es solo cuestión de tiempo que el detective de con él. La inscripción en el reverso le compromete. Se lo regalaron sus padres al cumplir los 25, justo el día en que decidió abandonar su casa para no regresar jamás. Las palabras que la formaban eran tan escuetas como el afecto que le habían demostrado a lo largo de su infancia: *“Tus padres: Emiliano y Ana”*.

Marcelino busca en el coche con la esperanza de hallarlo allí, pero no hay ni rastro de él.



Sus sienes comienzan a palpar.

*¡Piensa, maldito idiota!*

Y es al hacerlo de un modo frío y pausado cuando recuerda algo importante: los nombres inscritos en la superficie metálica no son en realidad los de sus padres, sino que, en su mezquindad, aprovecharon que un cliente descontento se había negado a pagarlo y llevárselo para hacerse con él a mitad de precio. Poco les importó que el nombre de aquellos dos desconocidos hubiera quedado inmortalizado para siempre en la tapa; ni ellos habían querido jamás a su hijo, ni su hijo les había querido a ellos.

—*¡Inspector! Hemos encontrado algo.*

*Alarcón avanza a paso decidido hasta el lugar donde se encuentra su superior, que permanece agachado junto a unos matorrales.*

—*¿De qué se trata?*

—*Compruébelo usted mismo.*

*López señala la razón por la que le ha llamado: semienterrado en la tierra mojada hay un reloj de pulsera. Alarcón se pone unos guantes y libera el objeto del barro. La correa es de cuero marrón, y a través de la esfera*

*resquebrajada, donde las agujas se han detenido para siempre fijando la hora de la muerte de su dueño, aún se puede leer la marca: Certina.*

*Alarcón da la vuelta al reloj y, para su sorpresa, encuentra una inscripción:*

*—¡Lo tenemos! —exclama—. Quiero que investigues todas las tiendas donde se haya vendido este modelo de reloj en los últimos veinte años.*

*—Pero, señor...*

*—¡Ni señor, ni hostias! Es la mejor pista que tenemos, así que vamos a avanzar por ahí.*

*A lo largo de la semana siguiente, López actúa conforme a las órdenes de su superior y recorre todas las joyerías de la ciudad. Algunas han desaparecido, y, con ellas, la información que hubiera podido serle útil; otras están en manos de nuevos dueños y no guardaban los registros de antaño; y aquellas cuyos propietarios siguen siendo los mismos no aportaron ninguna información.*

*Están como al principio...*

Alicia se percata de la falta del reloj, aunque, cuando le pregunta, no obtiene una respuesta concreta.

—Lo he buscado por todas partes, pero no aparece —se encoge de hombros Marcelino.

—Hay que denunciarlo. Tanto si lo has perdido como si te lo han robado, la inscripción servirá para recuperarlo.

Alicia se pone el abrigo y agarra el bolso, que cae al suelo. Lo único que siente Marcelino, en cambio, es la presión que su extremidad ha comenzado a ejercer en el antebrazo de su mujer.

*¡Qué haces, idiota!*

¿Que le pasa? ¿De qué está hecho su corazón? ¿De hielo? ¿O lo único que habita en él son el miedo y el dolor, los de aquel niño que se escondía debajo de la cama para huir de las palizas de su padre?

En cuanto su mujer protesta por el agarre, Marcelino la suelta, ligeramente sobresaltado.

—Perdóname, cariño.

Y después piensa: “*¿Por qué no?*”. Sería como cerrar un círculo: denunciar que es el dueño de una prueba de asesinato.

—Tienes razón —pronuncia presa de un súbito arrebató de satisfacción—. Creo que deberíamos denunciarlo. Al fin y al cabo, es un reloj bonito y único, un regalo de mis padres.

Una vez en comisaría, Marcelino se siente cada vez más fuerte: allí está, denunciando sin temor alguno. El funcionario que redacta el atestado le pregunta por el recorrido que hizo el día en que lo perdió. Marcelino le detalla las calles, los cruces, las rotondas, las plazas... Y, por un instante, a punto está de decirle que precisamente esa noche tomó un desvío y pasó cerca de la acequia..., pero le parece excesivo, de modo que se contiene. Y es sentado frente al agente cuando le asalta de nueva la duda: ¿por qué decidió estrangular a aquel pobre desgraciado cuando su primer pensamiento había sido degollarle?

*¿Qué te pasa, idiota?*

Marcelino sale de comisaría convencido de haber apuntalado una coartada que lo acabará librando de toda sospecha. De hecho, al cabo de un par de días, toda la prensa se hace eco de la noticia de la detención de un sospechoso por el crimen de la acequia: un mendigo con problemas mentales.

*El agente López lee la noticia sin dar crédito.*

*—¿Por qué mienten? —pregunta a su superior—. No hemos detenido a nadie.*

*—Aún —contesta Alarcón—. Pero lo haremos hoy, en cuanto ese bastardo venga a recoger el reloj.*

—*Entiendo. Es un cebo.*

—*Vendrá confiado, lo interrogaremos y cometerá un error que lo delatará.*

Marcelino acude a comisaría a media mañana.

—Me han avisado de que han encontrado mi reloj.

—¿Nombre?

—Marcelino Fuentes Carballo.

Dos hombres le esperan en el interior de una sala.

—Soy el inspector Alarcón. Este es el subinspector López. Siéntese, por favor. Ahí está al fin, frente al hombre que lleva persiguiéndole desde hace tiempo.

Pero lejos de asustarse, la situación le produce un gran placer; al fin y al cabo, está allí por decisión propia: él no es una presa, es un maldito depredador.

Alarcón es apenas capaz de contener su inquietud. Es él. Está absolutamente convencido. Lo ve en sus ojos.

—¿Es este su reloj?

Marcelino lo toma entre los dedos, lo voltea despacio, lee la inscripción y se lo devuelve.

—Creo que ha habido un error.

—¿A qué se refiere?

—Como puede comprobar, mis padres no se llamaban Emiliano y Ana, sino Emeterio y Marciana —Marcelino saborea el desconcierto que ha provocado—. Emeterio Fuentes Expósito y Marciana Carballo Vázquez.

El desconcierto se apodera del rostro del inspector Alarcón. Sus facciones se desencajan.

Antes de salir, Marcelino se vuelve:

—Avísenme si lo encuentran, inspector. Estaré encantado de volver a por él.





Ayuntamiento de  
TORREJÓN DE ARDOZ  
Concejalía de Cultura

torrejón cultural

A white silhouette of the Torrejón de Ardoz skyline, showing several buildings and towers, positioned below the text 'torrejón cultural'.